

SEMBLANZA DEL CORONEL DE INFANTERÍA DE MARINA DON SANTIAGO BOLÍBAR SEQUEIROS (IN MEMORIAM)



L pasado 30 de julio, a requerimiento del Altísimo y de la patrona de la Armada la Virgen del Carmen, partió para incorporarse a su nuevo destino en el cielo.

Todo tiene su principio. El suyo fue un 8 de diciembre de 1917 en Bueu. Veinticinco años después, y en otro de diciembre pero en San Fernando salía de la Escuela Naval un teniente de Infantería de Marina, cuyos últimos informes personales de alumnos rendidos por el capitán de navío director don Pedro Sans Torres expresaban: «Muy subordinado, muy trabajador, algo presuntuoso, de carácter enérgico, sociable y educado, muy querido de sus compañeros, me gustaría tenerlo a mis órdenes».

Entre aquellos dos 8 de diciembre se fue forjando su carácter y acentuada personalidad. Primero en la casa solar con sus padres, don Tomás y doña Amalia, hasta que estalló la guerra. Luego, y subordinado a su sentir, fue marinero voluntario en el acorazado *España*, por poco tiempo ya que se sabía *home de campo*; por ello y pie a tierra se batió en los frentes de Somosierra, de Madrid, de Guadalajara y de Granada, finalizando la contienda con la estrella de alférez provisional y cuatro condecoraciones de guerra.

Como caballero nacido junto a la mar e infante de Marina desde 1941, nos hizo comprender desde el primer momento que «el Altísimo hiciera el agua para *os peixes e o viño para os homes*», y esta firme creencia fue una de sus normas de vida. Vida que a



El coronel Bolibar en 1984.



Homenaje al coronel Bolívar en Bueu (Pontevedra), el 7 de diciembre de 1985.

partir del año 1945 compartiría con su esposa doña Elisa Piñeiro Alonso, a la que quería entrañablemente.

Nombrado profesor de la Escuela Naval en 1945, quienes hemos sido sus alumnos le recordamos en las clases de Armamento y de Táctica, donde entre profundas chupadas de boquilla con pitillo negro nos explicaba la ametralladora Hochkiss o nos enseñaba que la compañía de fusiles debía progresar «con orden, rapidez y recíproca protección, llevando su capitán una cachava para que al primer parroquiano que se retrasase aplicarle santa medicina».

Recuerdo un enfado gordo en clase. Un día, al explicar que el capitán en el combate ha de tener el sostén en la mano, un alumno soltó, malicioso, una carcajada. El capitán Bolívar le metió un merecido «cuerno», aunque tuvo que volverse para que no le viésemos reír: sentó la disciplina. Cosas del reglamento táctico.

Pero sigamos. Lo del pitillo negro, que magistralmente liaba, nos lo explicó un día al sorprender a un alumno cuartelero fumándose un «rubio»: «Yo fumo negro y no ese tabaco de señoritas».

Las promociones, al ver por vez primera un delgado capitán de nariz aguilena y con «cierto» acento gallego decir que «comer de xoubas menos de un cento es gran pecado, así como que el té es un lavabarrigas», temían llegara el momento de las prácticas de campo, de las que también era profesor.

Y fue llegando ese día para cada una de las promociones que fuimos pasando por sus manos. Estas clases fueron las que nos formaron como oficia-

les de campaña. Aprendimos a ser sufridos, a no cansarnos, a tener siempre buen humor, a exigirnos y a exigir a los demás, a ayudar al compañero, a movernos con soltura en el campo de día y de noche sin importarnos las características del terreno, a orientarnos; en una palabra, a dominarlo, a obedecer sin reservas y a mandar con energía. Todo ellos impartido con su peculiar estilo que nos hacía aprender gustosos y, además, que es lo difícil, a tomar cariño a un «proto».

Pero lo bueno eran los descansos, en los que pasaba su petaca y nos contaba sus historias, que escuchábamos con mucho interés, pues como gran conocedor de la península del Morrazo y de sus gentes sabía muchos sucedidos. Su gran pasión era la caza y un buen día en plena euforia narrativa dijo: «y cuando menos me lo esperaba se me metió una zorra entre las piernas...»; no recuerdo el mal pensado que se echó a reír, contagiándonos a todos. Desde aquélla creo no volvió a contar la historia de la zorra.

He pretendido dibujar algunos rasgos del coronel —para sus antiguos alumnos, capitán— Bolívar, quien, en su carácter firme, pero muy humano y agradable, supo meterse en el corazón de cada uno de nosotros, quedándose en él para siempre. Así en diciembre del año 1985, autorizados por el almirante Jefe del Estado Mayor de la Armada, nos trasladamos un nutrido grupo de alumnos a su Bueu natal para rendirle un homenaje de afecto.

El capitán de navío Sans Torres, al informar de él, dijo: «Muy querido de sus compañeros, me gustaría tenerlo a mis órdenes». Quien esto escribe, al informar al cielo dice: «Muy querido de sus antiguos alumnos, muy orgullosos de haber estado a sus órdenes».

Antonio SÁNCHEZ PASTOR

